

MANUAL DE SUCCION EJECUTIVA

Naciste libre, pero te contrataron

Créditos y Derechos de Autor

Manual de Succión Ejecutiva: Guía práctica, satírica y despiadada para sobrevivir y prosperar en el mundo corporativo.

© 2025 Cristian Neira V. & Víctor Aventín

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio —físico, digital o mental— sin permiso explícito, sobrio y por escrito de los autores (no basta con un “te lo mando por WhatsApp”).

Los personajes, situaciones y empresas mencionadas son ficticios...salvo cuando no lo son. Cualquier parecido con la vida laboral real: es absolutamente intencional.

Este libro fue escrito con, sour, cafeína, ironía y años de terapia no iniciada. Agradecemos especialmente a todos los jefes que, sin saberlo, nos inspiraron con su liderazgo confuso, sus frases de Harvard mal citadas y su impecable talento para convocar reuniones eternas que no resolvían nada (Jefecito, esto es respecto a los anteriores jefes)

Autores:

- Cristian Neira – Economista de día, escritor de ironías por vocación. Sobreviviente de más de una cultura organizacional y de muchos comités ejecutivos.

Naciste libre, pero te contrataron

- Víctor Aventín – Narrador, observador profesional del absurdo humano, y cómplice de este manual que huele a toner, ego inflado y café de máquina.

Índice Succionable y Sin Vergüenza

Capítulo 1 – Naciste libre, pero te contrataron

El momento exacto en que tus sueños murieron... y fueron reemplazados por una reunión de inducción con galletas duras. Aquí empieza tu domesticación laboral: PowerPoint, cultura de empresa y esa sensación de que algo se te perdió y no era el pase de movilidad.

Capítulo 2 – El arte de asentir sin entender

Cómo asentir con convicción mientras no entiendes ni el 60% de lo que se está hablando. Técnicas avanzadas de “cara de interés”, movimientos de cuello ejecutivos y el noble arte de no interrumpir jamás una frase ambigua.

Capítulo 3 – El lenguaje del éxito

Descubre por qué nadie dice "plan" y todos dicen "roadmap". Aprenderás a dominar el dialecto de la élite: palabras que suenan importantes, pero no significan nada. Porque en el mundo corporativo, hablar raro = parecer brillante.

Capítulo 4 – KPI, OKR, ADN: siglas para parecer que sabes lo que haces

Un diccionario disfrazado de Biblia. Aprende a usar abreviaciones con seguridad mientras finges resultados que no existen. Ideal para sobrevivir reuniones, justificar tu existencia y desviar auditorías internas con elegancia.

Capítulo 5 – La vida después del ascenso: el arte de ser chupado

Pasaste de chupador a ser el chupado. El precio de subir es que ahora todos quieren estar cerca... pero no por ti, sino por tu firma. Aprende a vivir con elogios que suenan falsos y a gestionar egos con más delicadeza que una cristalería en terremoto.

Capítulo 6 – Burnout de alta gama: cómo colapsar sin perder el cargo

Estás al borde, pero nadie lo nota. Porque lo haces con estilo. Colapsar con PowerPoint, tener crisis existenciales entre reuniones y seguir adelante como si nada. Bienvenido al burnout disfrazado de productividad.

Capítulo 7 – Libre al fin... pero con LinkedIn abierto por si acaso

Te fuiste. O te echaron. Pero sigues diciendo “nuevo desafío profesional” o “en transición laboral” en vez de “me fui porque no daba más”. Este capítulo es una despedida, una confesión y un espejo para quienes ya no creen, pero todavía postulan.

Epílogo – Manual de Succión Ejecutiva: edición post-mortem

Ya no tienes correo institucional, pero aún recuerdas los atajos de teclado. Este es tu testamento profesional. Un cierre con olor a café recalentado y lágrimas invisibles. El momento de mirar hacia atrás... y reírte fuerte.

Prólogo

*En el principio fue el pico. Y el empleado vio que era
bueno.
Y calló.*

Hay un momento en la vida de todo ser humano en que algo se rompe. No es una pierna, ni el corazón. Es el alma. Más precisamente: es el día que firmas tu primer contrato indefinido. Desde fuera, parece un hito. Desde dentro, es una entrega, una renuncia tácita al yo auténtico a cambio de una silla con respaldo ajustable y acceso a la máquina de café.

“Bienvenido al equipo”, te dicen. Pero lo que realmente quieren decir es: “Bienvenido al teatro de la sumisión con metas mensuales.”

Este libro no pretende ayudarte a encontrar tu vocación. No vas a descubrir aquí tu propósito ni a reconectar con tu niño interior.

Esto no es un libro de crecimiento personal. Esto es un libro de supervivencia laboral para aquellos que ya entendieron que, en el ecosistema corporativo, los mejores puestos no se conquistan por mérito.....se succionan. Y no Estamos hablando del acto refinado y elegante de la adulación ejecutiva: esa habilidad milenaria de asentir con entusiasmo frente a un PowerPoint inservible, de reír ante chistes de jefe, de aplaudir ideas recicladas como si fueran la Segunda Venida de Steve Jobs.

Aquí aprenderás a sobrevivir entre egos con MBA, planillas de Excel endiosadas y frases como “alinearnos

con la visión del negocio” dichas con cara seria, mientras alguien come galletas de avena.

Este manual es para ti, valiente anónimo, que ya no aspiras a cambiar el mundo, sino a que te den media hora más de almuerzo. Este manual es para ti, profesional sin ilusiones, que sabes que el verdadero liderazgo se mide en cantidad de veces que logras salir temprano sin culpa.

Este manual es para ti, chupador en formación, que todavía te sientes sucio después de elogiar una presentación sin contenido... pero con transiciones animadas.

No te juzgues. Aquí no venimos a moralizar. Aquí venimos a enseñarte cómo se sobrevive, se escala y — con suerte— se asciende. No con talento. No con esfuerzo. Sino con estrategia de succión bien aplicada. Así que abre bien los ojos, aprieta los dientes, y prepárate para aprender el verdadero idioma del éxito: el silencio cómplice, el elogio oportuno y la lengua afilada (para adular, claro).

Bienvenido al manual. Ponte cómodo. Aunque, si llegaste hasta aquí, probablemente ya lo estás.

En la silla de al lado del jefe

Capítulo 1

Naciste libre, pero te contrataron

*“Los lunes son castigos que uno se gana con
esfuerzo.”—Sabiduría de pasillo, tercer piso, oficina
sin ventanas.*



1. El día en que te domesticaron

Nunca olvidarás ese primer día. O al menos, eso crees. Porque lo que sí olvidarás rápidamente, es lo que eras antes de él.

Te levantaste más temprano que nunca. Te bañaste con una energía casi cinematográfica, como si fueras a protagonizar algo épico. Elegiste tu ropa como quien se viste para una cita con el destino, planchando cada pliegue con cariño, incluso esa camisa que nunca te habías puesto porque siempre te pareció “demasiado formal”. Hoy era perfecta. Hoy era “el inicio de tu carrera”.

Desayunaste rápido, pero con ilusión. Mientras comías, repasaste mentalmente frases que ibas a soltar como si fueran espontáneas. “Gracias por la oportunidad”, “feliz de sumarme al equipo”, “voy a dar lo mejor de mí”. Tenías una sonrisa medio idiota pintada en la cara, esa que se te pone cuando estás convencido de que el mundo está por abrirte las puertas y tú, como buen profesional en potencia, estás listo para cruzarlas con paso firme y mirada brillante.

Y ahí estabas, a las 8:52 AM, siete minutos antes de la hora acordada (nunca llegarás tan temprano de nuevo), parado frente al edificio, mirando hacia arriba como si estuvieras frente a tu propio futuro. Respiraste hondo. Entraste.

En la recepción te recibieron con una sonrisa amable, pero demasiado automatizada. “¿Tu nombre?” te preguntaron sin mirarte. “Te están esperando en el piso 5”. Esa fue la primera señal: no eras especial. Eras esperado, sí, pero como se espera un paquete o una caja de toner.

En el ascensor miraste el espejo del fondo, te acomodaste el cuello de la camisa y ensayaste una expresión entre serio y amable. Alguien se subió contigo y tú, que normalmente dirías “buenos días”, no dijiste nada. Porque sentiste que en los ascensores de empresas no se saluda. Se mira el piso. Se juega a adivinar quién está más nervioso.

Llegaste. Golpeaste la puerta. Te dijeron “adelante” y entonces cruzaste el umbral. Fue en ese instante, ese exacto momento, cuando te quebraste por dentro. Nadie lo notó, claro. Tú tampoco. Pero ahí quedó, dentro de ti, una grieta minúscula. Apenas perceptible. Como cuando

una taza de porcelana se golpea y no se rompe, pero ya no suena igual al golpear la mesa.

Te presentaron con frases genéricas: “Él se suma al equipo”, “viene con muchas ganas”, “está muy motivado”. Nadie sabía quién eras realmente. No importaba. En ese entorno, tu historia anterior se borraba. Tu identidad pasaba a ser un número de extensión y una dirección de correo.

Te entregaron un computador, un pase magnético, un escritorio que parecía reciclado de una oficina anterior, y un calendario corporativo con frases como “juntos llegamos más lejos” y fotos de personas que probablemente ya no trabajaban ahí.

Te asignaron un mentor. Lo conociste. No te miró a los ojos. Dijo que estaba “un poco encima con cosas”, pero que “en la tarde se sentaban a ver temas”. Nunca se sentaron.

El día siguió con una reunión de bienvenida, donde se hablaron de valores institucionales, cultura organizacional y objetivos estratégicos. Palabras grandes que sonaban importantes, pero que no calaban en ninguna parte. A tu lado, otros nuevos empleados

asentían con fuerza, como si al mover el cabeza más rápido ganaran puntos en un juego que no entendías. Tú imitaste el gesto, por si acaso.

A las 13:15 fuiste al baño solo para respirar. Te miraste al espejo. Seguías ahí, pero algo era distinto. Ya no tenías ese brillo. Ya no pensabas en cambiar el mundo. Solo querías entender qué diablos significaba “alinearse con la visión del negocio”.

Terminaste el día con una sensación rara. Ni buena ni mala. Una especie de entumecimiento emocional. Como cuando despiertas de una siesta demasiado larga y no sabes si es martes o domingo. Saliste de la oficina con el pase colgando del cuello, la camisa arrugada, y la vaga idea de que habías cruzado una puerta que no tenía salida de emergencia.

Esa noche dormiste mal. No de angustia. De cansancio. El tipo de cansancio que no es físico, sino simbólico. Porque sabías, muy en el fondo, que ya no eras completamente libre.

Habías sido... contratado.

Y nadie te lo advirtió, pero ese fue tu primer día en la gran domesticación moderna: el empleo formal.

2. La bienvenida corporativa: PowerPoint, aplausos y galletas duras

Pensabas que te iban a recibir con una charla inspiradora. Que alguien importante, con cara de TED Talk y voz de documental de Netflix, se pararía frente a ustedes —los nuevos talentos— y diría algo tan poderoso que cambiaría para siempre tu relación con el trabajo.

No fue así.

Lo que hubo fue una sala mal ventilada, un proyector con resolución de 2007, y una presentación en PowerPoint titulada “Inducción Nuevos Colaboradores – Julio-Diciembre”. La palabra *colaboradores* ya te sonó sospechosa. Parecía que querían evitar el término “empleados” como si fuera una enfermedad contagiosa. Porque claro: colaborar suena a sinfonía, a proyecto común, a equipo de rugby. Pero todos sabían que eso no era una colaboración. Era subordinación con login y contraseña.

Frente a ti, veinte sillas plásticas dispuestas en U. Detrás, una mesa con galletas duras, un termo sospechosamente templado y vasos de cartón con frases

como “¡Vamos por más!”. Un compañero, con pinta de haber estado en más inducciones que en cumpleaños familiares, se abalanzó sobre las galletas sin disimulo. Ese era el tono.

Entró una mujer de Recursos Humanos. Sonrisa de lata, tacos discretos, voz firme pero amigable, como profesora de colegio privado. Saludó sin esperar respuesta y partió la presentación con una frase que parecía un hechizo: *“Les doy la más cordial bienvenida a esta gran familia.”*

Una gran familia.¿ En serio? Con suerte conocías el nombre de la empresa completo. Ahora resulta que eras parte de una familia multinacional con valores, visión y misión impresas en gigantografías que nadie leía, pero todos tenían pegadas al lado de la fotocopidora.

La presentación continuó:

- “Nuestro propósito...”
- “Nuestro compromiso con la excelencia...”
- “Nuestro foco en el cliente...” Todo dicho con una voz que alternaba entre el entusiasmo obligado y el piloto automático. En un momento apareció un slide que decía *“Tú eres el motor de*

Naciste libre, pero te contrataron

esta organización”, acompañado de una imagen de una persona anónima señalando al cielo con convicción, como si acabara de inventar la rueda o encontrar una promo en el supermercado.

Luego vinieron los videos. Uno institucional, con música épica, planos en cámara lenta, gente caminando por pasillos con carpetas, y frases como *“juntos construimos el mañana”*. Y después, un segundo video titulado: *“Una jornada en la vida de un colaborador”*, donde un actor que claramente no trabajaba ahí representaba el día a día en la empresa con una energía que en la vida real sería diagnosticada como ansiedad funcional.

Aplausos. No porque lo mereciera, sino porque alguien aplaudió primero y los demás siguieron por reflejo. La mujer de Recursos Humanos sonrió como si estuviera orgullosa del material audiovisual. *“¿ Preguntas?”*, dijo.

Nadie preguntó. Todos tenían miedo de destacar demasiado en el primer día. O peor: que respondieran su pregunta con un “buen punto, ¿por qué no lo presentas en la próxima reunión de equipo?”.

Al final, te entregaron un pequeño cuadernillo con el código de ética, que jamás leerás, y una libreta con el logo de la empresa. Dijeron que la podías usar para “anotar tus primeros aprendizajes”. Tú la usarás para garabatear nombres de compañeros y claves temporales.

Antes de salir, la mujer de RH cerró con una frase que parecía de película: *“Aquí no solo vienes a trabajar. Aquí vienes a crecer.”*

Y tú asentiste. Porque era lo correcto. Porque ya sabías, apenas unas horas después de entrar, que **todo esto era un juego. Y que si querías sobrevivir, tenías que aprender a fingir que te importa.**

Así terminó tu bienvenida: con galletas duras, aplausos tibios y una sospecha creciente de que esa familia de la que ahora eras parte... probablemente no se acuerde de tu cumpleaños.

3. El primer correo: la pérdida definitiva de la inocencia

Nadie te prepara para ese momento. Podrás haber estudiado cinco años, hecho prácticas, leído blogs de productividad y hasta visto tres temporadas de *Suits*, pero nada —nada— te entrena para el impacto emocional de tu **primer correo corporativo**.

Aparece de repente. Una notificación en la esquina de la pantalla. De: “Comunicaciones Internas”.

Asunto: “BIENVENIDA NUEVOS COLABORADORES”.

Abres con emoción. Piensas que será algo importante. Y lo es... pero no para ti. Es un correo genérico con tu nombre pegado por sistema, donde te saludan como si fueras parte de un programa de adopción institucional.

Ahí está. Tu dirección de correo. Tu firma corporativa. Nombre, cargo, teléfono interno, y esa frase motivacional que alguien decidió dejar por defecto: “*Comprometidos con la excelencia*”. “Tú ni siquiera sabes dónde está el baño todavía, pero oficialmente ya estás comprometido con la excelencia.

No pasaron ni cinco minutos y te llega otro. De: una persona que no conoces. Asunto: “RE: RE: Fwd: Importante – Revisión reporte V2 (nuevo adjunto)”.

Tu reacción natural es abrirlo. Gran error.

Porque lo que hay dentro es un pantano digital. Un hilo de respuestas cruzadas, colores distintos, textos subrayados, y comentarios insertos como minas antipersonales. Gente peleando con cortesía, frases como “como se mencionó anteriormente...” (traducido: *te lo dije, imbécil*) y otras joyas pasivo-agresivas como “queda a tu criterio” (es decir: *hazlo tú y ojalá mal*).

No entiendes nada. Nadie te habló del reporte V1. No sabes por qué hay una versión V2. Y tampoco sabes por qué a ti te llegó esa conversación. Solo sabes que estás **copiado**, y eso es grave. Porque si estás copiado, **ya eres cómplice**.

Ahí comienza tu paranoia. ¿Tengo que responder? ¿Tengo que hacer algo? ¿Debo leer todo el hilo? Spoiler: nadie lo hace. Todos bajan hasta el último correo, leen solo eso, y se hacen los informados.

Horas después, llega uno directo a ti. Este sí. De alguien con firma en rojo, un cargo importante y una frase en inglés. Dice: *“Hola, ¿puedes avanzar con esto?”*

¿Con qué? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué tú?

Te das cuenta entonces de algo doloroso: **el correo no es para comunicar, es para descargar responsabilidades.** “Te lo mandé por correo” es la forma más elegante de decir “yo me lavo las manos”.

Y ahí estás tú, atrapado entre el miedo de quedar mal por no responder y el riesgo de responder mal y quedar peor.

Escribes una respuesta. La borras. La reescribes. Le pones tono cordial, amable, formal pero no frío. Luego la relees y te parece pasiva. La editas. Agregas un “quedo atento”. Después le metes un “cualquier cosa me comentas” por si acaso. Al final, la firma la corriges tres veces y te preguntas si es mejor “Saludos” o “Un abrazo”. Optas por “Saludos cordiales”, aunque suena a funeral.

La mandas. Te sientes sucio. Te conviertes oficialmente en una persona que “gestiona cosas por correo”.

Ese día entiendes que los correos son como una capa geológica del mundo laboral: cada uno es una

sedimentación de culpa, delegación, evasión y protocolo. Y tú acabas de ser enterrado bajo el primero.

Bienvenido al mundo adulto. O como lo llaman desde RR.HH.: *“la experiencia corporativa.”*

4. Tu jefe: ese ser mitológico con tres agendas y cero emociones

Hay jefes y hay *jefes*. Y cuando entras por primera vez al mundo laboral, no te toca cualquiera. Te toca uno de esos con aura de estatua: **misterioso, inmóvil y, en el fondo, probablemente inofensivo... pero igual da miedo.**

Tu jefe no te grita. No. Tu jefe domina el arte de la incomodidad silenciosa. Esa habilidad de mirarte con ojos vacíos mientras dice: *“Revísalo y me cuentas.”*

Esa frase, que suena simple, es un hechizo oscuro. Puede significar “esto está bien”, “esto está mal”, “esto me da lo mismo”, o “no tengo idea de qué me acabas de mostrar, pero no voy a decirlo en voz alta”. Depende del tono, del día y del clima.

Te lo presentan el primer día con entusiasmo artificial: *“Él va a ser tu líder directo.*” Pero en realidad, es tu primer enigma profesional. Porque tu jefe no funciona

como un ser humano normal. Tú jefe **funciona por capas.**

Capa 1: su rostro. Siempre neutro. Ni feliz, ni molesto. Una especie de modo avión facial. Capa 2: su agenda. Te dice que tiene tiempo para ti, pero cuando intentas agendar una reunión, te responde: *“Esta semana está difícil, pero déjame ver.”* Traducción: *no quiero reunirme, pero tampoco quiero parecer mala persona.* Capa 3: su lenguaje. Nunca dice “no”. Dice *“déjame pensarlo”*, *“lo vemos más adelante”*, o *“revisémoslo con calma”*. Y tú aprendes, con los días, que todo eso significa lo mismo: *olvidalo.*

Tu jefe está en tres proyectos al mismo tiempo. Tiene un equipo de cinco personas, pero solo habla con dos. Tiene una mirada que se pierde mientras tú le hablas. Y una capacidad sobrenatural para responder correos con un “ok” seco, a pesar de que tú escribiste 400 palabras con contexto, gráficos y hasta un saludo cordial.

A veces crees que te odia. Otras, que no sabe tu nombre. Y otras, que te quiere ayudar... pero no tiene idea cómo. En el fondo, descubres que **él también está atrapado.** Apretado entre las órdenes de arriba y el caos de abajo. No puede decir lo que piensa. No puede hacer lo que

quiere. Y tú... estás ahí, justo en el medio de su crisis existencial profesional.

Un día te dice: “*Mi puerta está siempre abierta.*” Y tú, ingenuo, lo tomas literal. Golpeas. Entrás. Le preguntas algo. Y él te responde con una frase tan ambigua que sales más confundido que cuando entraste. Después entiendes que “mi puerta está abierta” es una trampa lingüística. Está abierta, sí... **pero para que tú salgas, no para que él entre en tu mundo.**

Con el tiempo, desarrollas el radar:

- Si dice “*interesante*”, es porque no entendió.
- Si dice “*tiene potencial*”, es porque no le gustó, pero no quiere corregirte.
- Y si dice “*lo dejamos ahí por ahora*”, es porque nunca más lo volverán a hablar.

Un día lo ves en una reunión. Alguien de más arriba le habla fuerte. Y él asiente. Calla. Toma notas en una libreta vacía. Ahí lo entiendes todo: **tu jefe también tiene jefe. Y también lo chupan. Con respeto. Con jerarquía. Pero lo chupan igual.**

Ese día ya no lo odias. Lo ves como lo que es: Un sobreviviente. Un profesional del gris. Un actor que olvidó que estaba actuando. Y que ahora... te está entrenando para el papel.

5. La cultura laboral: no es lo que haces, es cómo finges hacerlo

Al principio crees que lo importante es hacer bien tu trabajo. Te enfocas. Tomas apuntes. Preguntas lo que no entiendes. Anotas las fechas de entrega en una libreta con dibujos motivacionales. Estás listo para brillar.

Y luego descubres la verdad: **no asciende el que más hace, sino el que mejor finge que hace.**

La cultura laboral no está escrita en los manuales. No está en los valores impresos en la sala de reuniones. La cultura real está en las miradas cómplices, en los silencios en la cocina, en los “todo bien” que significan “todo mal”.

Aquí las reglas invisibles lo controlan todo.

Primera regla: **finge que estás ocupado. Siempre.** No importa si ya terminaste. No importa si no tienes idea de lo que estás haciendo. Camina rápido por la oficina, abre el Excel aunque esté vacío, haz una llamada donde digas

“eso tenemos que escalarlo urgente” aunque no sepas ni qué es “eso”.

Segunda regla: **finge que entiendes**. Cuando alguien presenta algo con muchos gráficos, asiente. Cuando mencionen un acrónimo, repítelo con cara seria. Si alguien dice “*vamos a iterar sobre esta idea*”, tú responde “*totalmente*”. Y si no entendiste nada, haz una pregunta técnica al final: “*¿Esto ya se está piloteando o es solo una hipótesis funcional?*” No importa la lógica. Importa el tono.

Tercera regla: **finge que no odias la frase “¿vamos cerrando este tema?”** La dicen siempre que las cosas se están poniendo incómodas. Cuando alguien se empieza a desahogar. Cuando un error asoma su patita. Cuando alguien se atreve a decir: “esto no tiene sentido”.

Y ahí llega la estocada: “*Vamos cerrando este tema.*” Como si la verdad fuera un archivo adjunto que se puede eliminar.

En este mundo, fingir es una estrategia de adaptación. No es traición. Es autopreservación. Porque si tú eres sincero, directo, auténtico... lo más probable es que

termines con una etiqueta: “Complicado.” “Crítico.” “Poco alineado.”

Entonces aprendes. Aprendes a sonreír mientras piensas en renunciar. A decir “sí” mientras te haces el loco. A redactar correos que no dicen nada, pero cierran con un cordial “*quedo atento*”.

Y luego, cuando ya lo dominas, empiezas a notar a los otros. A los grandes maestros de la falsedad institucional. Como **Emilio**, el “modelo de colaborador”. Emilio siempre parece ocupado. Camina con prisa, siempre con un papel en la mano. Dice “reunámonos” en vez de resolver las cosas. Nunca tiene opinión, pero siempre tiene cierre. Emilio no hace nada... pero **nadie se atreve a cuestionarlo**. Porque Emilio tiene cara de estrés y carpetas. Emilio es el camaleón del sistema. Y si tú te rebelas... adivina a quién van a defender: Exacto. A Emilio.

La cultura laboral es eso: Una coreografía silenciosa donde todos bailan con pasos aprendidos. Nadie pregunta por qué. Solo intentan no pisar a nadie... Y no quedar fuera del ritmo.

Pero ojo: Cuando finges por mucho tiempo...Llega un día en que ya no sabes si estás actuando o si simplemente te convertiste en el papel.

Y ese día, compadre...Ya eres parte de la cultura.

6. La máquina de café: zona gris, zona de rumores, zona de poder

No hay cargo en la empresa que no pase, tarde o temprano, por la máquina de café.

Algunos creen que está ahí por cortesía. Otros, que es solo una necesidad fisiológica con pretensiones. Pero los que llevan tiempo saben la verdad: **la máquina de café es el verdadero centro de operaciones.**

No importa si el café es malo. No importa si sale más agua que cafeína. Lo importante es **quién está ahí, cuándo está ahí, y qué se dice mientras lo sirve.**

Porque el café no se bebe, se conversa. Y cada pausa es una oportunidad para el networking informal, para el espionaje emocional, para la succión estratégica en baja intensidad.

La máquina tiene sus códigos. Sus tiempos. Sus usuarios habituales.

Está **el silencioso observador**, que no habla, pero escucha todo. Está **la dupla cómplice**, que siempre comenta “algo que escucharon” con tono de quien no quiere meter cizaña... pero ya está echando fuego. Y está **el opinólogo de pasillo**, que nunca tiene claro su rol en la empresa, pero tiene opinión sobre cada decisión del directorio.

Es en esa zona gris donde nacen los rumores antes que los comunicados oficiales. Ahí se comenta si van a echar gente. Si hay una reestructuración. Si subieron al que no se lo merecía. Si el jefe está con cara rara. Si la nueva se viste “demasiado relajada”.

Todo se cuece ahí. Y si no vas, si no te asomas, si no participas en esa liturgia, te quedas fuera. Fuera del loop. Fuera del sistema. **Fuera de la red informal de poder.**

Y no hay ascenso sin esa red.

Aprendes también que el momento del café es político. No te puedes quedar demasiado. Ni muy poco. Si vas justo después de una reunión intensa, se interpreta como que “*vas a desahogarte*”. Si vas con alguien, se interpreta como que “*algo se traen entre manos*”. Si vas solo y miras el celular... pareces “desconectado”.

Y todo eso **importa**. En una oficina, todo comunica. Hasta el nivel al que llenas el vaso.

Luego están los tipos de usuarios del café:

- **El del agua caliente:** se sirve la base, pero no pone café ni té. Solo quiere estar ahí. Es un espía sin causa.
- **El llenador compulsivo:** llena el vaso hasta el borde y lo deja sucio. Le da lo mismo todo. Es el nihilista de la oficina.
- **El influencer interno:** siempre trae su taza de cerámica con frase irónica, la deja estratégicamente cerca del borde, y dice “*no funciona sin esto*”. Necesita que lo vean.

Y tú, eventualmente, te conviertes en uno de ellos. Adquieres tus hábitos. Tus horarios. Tus aliados de café. Y un día, sin darte cuenta, estás tú en la máquina, con cara de sabio resignado, diciendo: “*No sé... esto antes no pasaba.*”

Y alguien nuevo te escucha. Y asiente. Y así, la tradición continúa.

Porque en la máquina de café no se hace café. **Se hace cultura. Se hace política. Se hace poder.**

Y como todo poder, si no lo manejas bien...Te puede dejar fuera. Con la taza vacía. Y sin nadie que te la llene.

7. El lenguaje laboral: cuando decir mucho significa absolutamente nada

En la oficina, hablar es una habilidad. Pero **hablar sin decir nada** es un arte. Y como todo arte corporativo, se premia, se valora... y se usa para sobrevivir.

No se trata de comunicar, sino de parecer importante. No se trata de decir la verdad, sino de disfrazarla con palabras largas, neutras y preferentemente multisilábicas. Ahí nace el **lenguaje laboral**: un dialecto elegante y opaco, capaz de convertir una estupidez en una “instancia de aprendizaje” y un error grave en “una oportunidad de mejora”.

Todo parte con las **frases comodín**. Son frases que suenan inteligentes, pero no dicen nada. Se pueden usar en cualquier reunión, correo o conversación de pasillo, sin miedo a equivocarse. Ejemplos clásicos:

- “*Esto es súper estratégico*” (aunque nadie sepa para qué sirve).

- “*Bajemos esto a terreno*” (como si vinieras bajando de una nube sagrada).
- “*Hagamos una bajada comunicacional*” (traducción: *mandemos un correo confuso*).
- “*¿Está claro? Perfecto, lo vemos.*” (aunque claramente nadie entendió nada).

Este lenguaje tiene sus tiempos y sus climas. Cuando hay incertidumbre, se activa el **modo cortina de humo**:

- “*Estamos afinando los últimos detalles.*”
- “*Estamos esperando los insumos para avanzar.*”
- “*Esto está en análisis.*”
- “*Lo estamos conversando con las áreas.*”

Frases que equivalen a decir “*nadie sabe qué hacer, pero no lo vamos a admitir en voz alta.*”

También existe el **modo evadir culpa con estilo**. Es especialmente útil cuando algo falló, pero no quieres que te caiga encima. Frases como:

- “*Hubo ruido en la bajada.*”
- “*La retroalimentación fue diversa.*”

- *“No hubo una lectura alineada del objetivo.”*
- *“Faltó contexto en la implementación.”*

¿La culpa? De todos. ¿El error? De nadie.

Y si algún día, por casualidad, decides ser claro y directo, prepárate: Te mirarán con sospecha. Dirán que eres “muy frontal”. Te pondrán etiquetas como “intenso”, “poco político” o, peor, “no tan corporativo”.

Porque en este ecosistema, **la claridad es peligrosa**. Rompe el equilibrio. Expone. Y lo más grave: hace que alguien tenga que hacer algo.

Así que aprendes. Aprendes a hablar como ellos. A redactar minutas que no comprometan. A opinar sin opinar. A responder sin cerrar nada.

Y un día, sin darte cuenta, tú también estás diciendo cosas como:

- *“Creo que este tema nos invita a repensar nuestros flujos de valor.”*
- *“Lo importante es mantener la conversación abierta.”*

- *“Más que buscar culpables, tenemos que enfocarnos en los aprendizajes.”*

Y todos asienten. Y nadie entiende. Y eso... **es perfecto.**

Porque en el lenguaje laboral, el que habla mucho sin decir nada, es el que más parece saberlo todo.

8. El Excel y el PowerPoint como religión

Hay oficinas con fotocopidora, con microondas, con pufs para “relajarse”. Pero si no hay Excel y PowerPoint... no hay fe. Porque en la cultura corporativa moderna, estos dos programas no son herramientas: **son objetos de culto.**

Excel es el Antiguo Testamento. PowerPoint, el Nuevo. Uno tiene fórmulas, el otro tiene revelaciones.

Todo empieza con el Excel. Te lo entregan como quien entrega una tabla de mandamientos: *"Ahí está todo."*

¿Todo qué? No importa. Lo que importa es que **está en Excel.** Y por tanto, es verdad.

Aunque no entiendas las fórmulas. Aunque haya pestañas con nombres como “VFinal_BETA_v3_OK” que nadie abre desde 2021. Aunque haya columnas

ocultas que contienen errores que arrastran decisiones multimillonarias.

Tú no cuestionas. Tú filtras. Tú ordenas de A a Z. Tú haces doble clic. Y si falla algo, tú lo mandas igual... porque la fe no necesita evidencias. Necesita *convicción*.

Y cuando Excel ya no da para más, cuando hay que mostrar algo sin que se entienda...**en ese instante.....entra PowerPoint.**

PowerPoint no es para explicar. Es para encantar. Es para proyectar autoridad mientras se repite información reciclada con efectos de entrada “*desvanecer desde la izquierda*”.

Aquí el diseño importa más que el contenido. Los colores institucionales, las fotos de archivo de gente feliz en escritorios limpios, las palabras en negrita que dicen “*transformación*”, “*visión*”, “*impacto*”, “*engagement*”. Todo eso reemplaza lo que no se ha hecho, lo que no se entiende y lo que se hará... *si es que queda tiempo*.

Una presentación bien armada puede salvar tu carrera. Una gráfica circular con colores suaves puede justificar

un año entero de reuniones. Una frase inspiradora en la última diapositiva puede hacer que el directorio aplauda, aunque no sepa de qué se trataba.

Y tú lo aprendes. Lo dominas. Te conviertes en un monje del PowerPoint. Copias gráficos de Excel, los pegas como imagen (para que no te los editen), le pones sombra al título, y cierras con una diapositiva que dice: *"Gracias. Preguntas y comentarios al final."* Aunque tú sepas que nadie preguntará nada, porque todos están deseando irse.

Y así funciona. Semana a semana. Mes tras mes. Excel para justificar. PowerPoint para encantar.

Y tú, en el medio, como un creyente resignado, dándole formato a tu fe profesional con tablas dinámicas y bullet points.

No importa si el informe está vacío. No importa si el gráfico no representa nada. **Lo importante es que esté bien presentado.** Y si alguien lo cuestiona... solo tienes que decir: *"Lo podemos ver más a fondo en una próxima instancia."*

Amén.

9. La transformación: del soñador al empleado funcional

Todo empieza con ilusión.

Llega un día en que estás tan motivado que hasta te ofrecen un café instantáneo y tú dices “¡gracias!” como si fuera espresso italiano. Tomas notas con cariño. Propones ideas en reuniones. Dices cosas como “*tengo una sugerencia*” o “*podríamos mejorar esto*” con la esperanza ingenua de que alguien te escuche.

Spoiler: no lo hacen.

Y así, sin darte cuenta, se inicia la mutación. No de golpe. No con drama. **Sino con pequeños gestos, pequeñas frases, pequeñas rendiciones.**

Primero dejas de hacer preguntas. Te das cuenta de que cada duda genera más correos, más explicaciones, más tareas que no querías. Así que empiezas a asentir. Aunque no entiendas. Aunque no estés de acuerdo. Aunque no tengas idea de lo que están diciendo.

Después empiezas a hablar raro. Sin darte cuenta, te descubres diciendo frases como:

- “*Feliz de sumarme.*”

- *“Lo conversamos con el equipo.”*
- *“Estoy al debe con eso.”*
- *“Lo tengo en el radar.”*

Y ya no sabes si lo estás haciendo para sobrevivir o porque genuinamente ya no tienes otro idioma. El lenguaje del entusiasmo fue reemplazado por el dialecto de la resignación educada.

Tu agenda, que antes tenía espacio para respirar, se empieza a llenar de reuniones que no puedes rechazar. Tu lista de tareas ya no es tuya: es una acumulación de favores disfrazados de colaboraciones. Y tus días se vuelven una coreografía invisible de correos, pausas sin pausa, y conversaciones en las que finges escuchar mientras editas una planilla mentalmente.

Un día te miras al espejo del baño y no te reconoces. No por el rostro, sino por el gesto. Tienes la misma expresión que viste en otros cuando entraste: **una mezcla de cansancio y profesionalismo. De conformidad y cinismo. De “esto no es lo que soñé” y “pero tampoco está tan mal.”**

Naciste libre, pero te contrataron

Te das cuenta de que ya no luchas por cambiar nada. Ahora solo quieres que te dejen hacer tu trabajo sin tanta interrupción, sin tantas reuniones, sin tanta épica vacía.

Eres funcional. Eres correcto. Eres eficiente... dentro del margen permitido.

Y lo más curioso: ya no estás triste. Estás **tranquilo**.

Porque te convenciste de que esto **es** lo que hay. Y porque empezar de nuevo, soñar de nuevo, entusiasmartelo de nuevo...eso, compadre, **cansa más** que seguir así.

10. El bautizo final: tu primera reunión donde no hablas nada

Más allá del contrato. Más allá del correo institucional. Más allá del Excel compartido y del saludo con apretón de mano forzado...hay un momento en la vida laboral que marca el verdadero ingreso al mundo adulto oficinesco:

Tu primera reunión donde no hablas nada.

No porque no quieras. No porque no tengas algo que decir. Sino porque intuyes —desde el fondo de tu alma— que **no deberías**.

Te conectas cinco minutos antes, por nervios. Revisas tu cámara, practicas una sonrisa profesional frente al reflejo del monitor, abres un bloc de notas. Respiras hondo.

Entras.

Hay siete personas. Ninguna te saluda. Algunas están en silencio, otras chatean por interno (aunque tú no lo sabes aún), y una ya está compartiendo pantalla, aunque no ha dicho ni hola.

Te acomodas. Asientes al azar. Tomas una postura neutra, la que has visto antes: espalda recta, leve inclinación hacia adelante, expresión de interés vagamente humano.

Empieza la reunión.

Hablan de un tema que, en teoría, te incluye. Pero nadie te cede la palabra. Nadie te pregunta nada. Y tú tampoco te lanzas. Porque notas algo en el aire: **un código no dicho. Un orden invisible. Una jerarquía implícita.**

La persona que lidera la reunión dice “*esto es un trabajo conjunto*”, pero solo mira a dos personas. Se hace una pregunta abierta, tú tienes la respuesta... pero justo

Naciste libre, pero te contrataron

alguien la dice primero, con más siglas y voz más grave. Todos asienten. Fin del tema.

Tomas notas. Pero notas que estás tomando notas de cosas que no entiendes. Copias frases sueltas. Anotas palabras como “*alinear*”, “*plazos*”, “*revisar entrega*”, aunque no sepas qué se entrega, ni a quién, ni por qué.

Miras el reloj. Van 43 minutos. Nadie te ha mencionado. Nadie te ha mirado. Y sin embargo, estás ahí. En silencio. Concentrado. Sudando un poco por el cuello.

Cuando la reunión termina, escuchas el cierre clásico: “*Buen espacio, gracias a todos.*” Nadie agradece nada. Todos se desconectan en menos de cinco segundos. Y tú te quedas ahí, mirando tu propia cara en la pantalla, con esa mezcla de decepción y alivio que solo se vive en una reunión improductiva.

Y entonces lo entiendes.

Acabas de ser bautizado. Porque el bautizo no es con agua, ni con palabras, ni con ceremonia. Es con silencio, con tensión y con un “gracias” que no dijiste. Es ese momento en que participas sin participar, en que ocupas espacio sin hacer ruido, en que sobrevives sin destacar.

A partir de ahora, ya no te presentas. Ya no justificas tu presencia. **Solo estás.**

Y eso, en el mundo laboral, es más que suficiente.

Porque ya no eres nuevo. Ya no eres promesa. **Eres parte del mobiliario.**

Pero ojo: ahora tienes acceso a la impresora láser. Y eso, en el fondo, es el verdadero progreso.

Naciste libre, pero te contrataron

